

ESCANDELL VIDAL, M. Victoria (2014): *La comunicación. Lengua, cognición y sociedad*. Madrid: Akal/Lingüística, 154 páginas.

ISBN: 978-84-460-3958-7

Inmaculada Bleda García

Universidad de Murcia

inmaculadaconcepción.bleda@um.es

¿En qué consiste realmente comunicarse? M. Victoria Escandell Vidal da respuesta a tal interrogante –ambicioso pero esencial– en esta obra, que, nacida con vocación de manual universitario, logra superar las teorías clásicas y sistematizar e integrar las aportaciones de una serie de disciplinas que, con una u otra perspectiva, abordan el fenómeno de la comunicación humana: la Lingüística, la Filosofía del lenguaje, la Pragmática, la Psicología, la Neurociencia, etc.

El modelo comunicativo resultante, muy completo y coherente, atiende sobre todo a los tres elementos destacados en el subtítulo de la obra: la lengua, es decir, el funcionamiento del propio código lingüístico; la cognición, en tanto que el cerebro y su organización constituyen la base de cualquier comportamiento humano, incluido el comunicativo; y la sociedad, ya que el contexto y la cultura condicionan irremediablemente los recursos pragmáticos que ponemos en práctica en los usos lingüísticos reales.

El punto de partida de la autora, al que dedica las primeras páginas del libro, es la revisión crítica de los modelos clásicos de la comunicación. Así, demuestra que estos planteamientos se revelan como insuficientes porque simplifican en exceso el fenómeno comunicativo. De hecho, no atienden a todos los factores implicados en él, y los que sí se tienen en cuenta no son valorados en su justa medida. De este modo, la teoría de Karl Bühler o la de Jakobson, entre otras, se centran en el código lingüístico y no estudian lo suficiente cómo afecta al uso de la lengua la relación que existe entre los interlocutores o la situación comunicativa en la que se produce la interacción, por ejemplo.

La primera gran idea que quiere transmitir la obra –y a ella se vuelve de manera recurrente– es que la comunicación va mucho más allá de lo estrictamente lingüístico. Las señales lingüísticas vehiculan contenidos que trascienden la materialidad del enunciado que se emite, esto es, el contenido real del mensaje no equivale a la suma del significado de cada una de las palabras que lo forman.

Aunque este principio ya se encuentra perfectamente asumido por la comunidad lingüística desde el nacimiento de la Pragmática en los años 60, la autora insiste en que la comunicación no radica solo en codificar y decodificar enunciados cons-

truidos a partir del catálogo de formas y estructuras que proporciona la lengua. De hecho, el código lingüístico no es imprescindible para que haya comunicación, y ni siquiera en la comunicación lingüística el conocimiento del código basta para que el proceso tenga éxito. Para que los intercambios comunicativos resulten eficaces, debe intervenir toda una serie de recursos pragmáticos y procesos cognitivos.

El modelo comunicativo que presenta en esta obra M. Victoria Escandell se basa en que la comunicación es una actividad intencional y, por tanto, una forma de comportamiento. El proceso comunicativo no se reduce a trazar vínculos unívocos entre significantes y significados; no se establece entre un emisor que produce una señal y un receptor que la recibe. Para que haya comunicación, debe existir el propósito de comunicar algo, lo que confiere al mensaje una carga de credibilidad que no tienen, por ejemplo, las deducciones o las recepciones accidentales (las escuchas casuales). “Una información que no se transmite intencionalmente no es una información comunicada” (pág. 24). Los objetivos comunicativos no se reducen, como planteaban las teorías tradicionales, a la transmisión de información, sino que van desde los agradecimientos, las órdenes o las sugerencias, hasta los saludos y la manifestación de emociones.

En cualquier caso, producir un enunciado implica realizar un tipo de acción: un acto de habla. Y todo acto de habla posee una determinada fuerza ilocutiva que permite establecer una clasificación en cinco tipos: actos representativos, actos directivos, actos compromisivos, actos expresivos y declaraciones. Factores como el objetivo ilocutivo, el contenido proposicional o el estado psicológico expresado posibilitan la delimitación de estas cinco categorías básicas.

Para la consecución de ese propósito comunicativo, las circunstancias externas al código lingüístico juegan un papel de suma importancia, ya que determinan tanto la producción como la interpretación del enunciado. Puesto que la comunicación es una forma de interacción, cada grupo social y cada cultura convencionaliza los intercambios comunicativos en base a unas representaciones compartidas; estas dan lugar a expectativas sobre las relaciones entre entidades y situaciones. Recurriendo a terminología computacional (esquemas, marcos y guiones), la autora defiende que el hecho de poder predecir cómo se desarrollarán las líneas generales de los acontecimientos dirige el comportamiento –también el comportamiento lingüístico– de los seres humanos, porque así mantienen la idea de pertenencia al grupo.

Las situaciones comunicativas, según sean públicas o privadas, por ejemplo, condicionan la elección del registro lingüístico, unas variedades diafásicas que se diferencian por el grado de control y el nivel de atención del emisor con respecto a la forma del enunciado que produce (estructura, léxico, etc.). En este sentido, el emisor competente tiene en cuenta también la distancia social, es decir, la representación que cada participante tiene sobre su relación con el interlocutor.

A partir de las valoraciones que cada grupo social ha establecido (qué grado de poder detentan quienes desempeñan una determinada profesión, qué nivel de familiaridad existe entre los interlocutores en función de su grado de conocimiento

previo, hasta qué punto pueden establecer una relación empática, etc.), el emisor selecciona las formas lingüísticas más adecuadas para salvaguardar su imagen pública y graduar convenientemente la relación de coste y beneficio que supone para ambos interlocutores la producción de un determinado acto de habla (un acto directivo, por ejemplo, que implica que el destinatario realice una determinada acción). Se incluyen aquí, entre otros aspectos, las fórmulas de tratamiento o las estructuras para construir enunciados indirectos.

Por tanto, el registro lingüístico que emplea un hablante depende directamente de la situación comunicativa, y no del medio por el que establece la comunicación. La autora de la obra subraya que vincular lo escrito con lo formal y lo oral con lo coloquial supone simplificar excesivamente la importancia del medio. Aunque es cierto que el medio repercute en el grado de formalidad y en el nivel de planificación de los enunciados, el emisor ha de rentabilizar las propiedades de cada uno y explotarlas intencionalmente. El medio oral cuenta con los elementos paralingüísticos; y el medio escrito, con recursos gráficos, como el tipo y el tamaño de letra. En este apartado de la obra, la autora atiende incluso al medio electrónico, cuya característica fundamental es la posibilidad de reproducir por medios gráficos rasgos de la oralidad (a través de emoticonos, por ejemplo).

La intencionalidad y todos los factores extralingüísticos mencionados acaban integrándose en un modelo comunicativo de enfoque cognitivo. Comunicarse no es “el proceso por el que se transmite un mismo contenido de un individuo a otro a base de codificar ese contenido en una señal convencional” (pág. 89), sino “una forma de comportamiento por el que un individuo trata de originar determinadas representaciones en la mente de otro por medio de la producción intencional de una señal” (pág. 89). Para explicarlo detalladamente, se diferencian dos niveles: el conductual y el cognitivo.

En el nivel conductual, observable, intervienen las entidades, las únicas presentes en los modelos de comunicación tradicionales: el emisor es la entidad humana que, debido a su intención de comunicarse, produce una señal, perteneciente o no a un código, por vía vocal-auditiva o gestual-visual; y el destinatario es la entidad, individual o grupal, que interpreta dicha señal. No es un receptor casual, sino que el emisor ha creado la señal “a su medida”, teniendo en cuenta los factores extralingüísticos ya comentados.

Por su parte, el nivel cognitivo, que no se puede observar directamente porque incluye los mecanismos de procesamiento de la información, se manifiesta en el comportamiento comunicativo a través de las representaciones y los procesos, herramientas de la teoría computacional. Las representaciones son los datos, conocidos individualmente o compartidos por los interlocutores o por toda una cultura, y los procesos, las operaciones que permiten tratar esas representaciones.

A partir de la realidad, el hablante crea sus representaciones internas, que son personales y privadas, y, tras una fase de abstracción y selección (proceso de ostensión), transforma ese pensamiento estructurado en una representación externa: la ex-

presión lingüística (proceso de codificación). Esta, convencional y pública, es común a toda una comunidad hablante y da indicios de la intención comunicativa del emisor. El destinatario ha de ser capaz entonces de complementar la señal recibida con datos contextuales y con su conocimiento del mundo (proceso de descodificación), de manera que la señal le permita construir representaciones mentales lo suficientemente parecidas a las del emisor como para que produzcan el efecto deseado por este. De esta forma, el propósito comunicativo es interpretado con acierto, porque el destinatario reconstruye la relación causal entre la señal lingüística y la intención comunicativa (proceso de inferencia).

En este sentido, otro de los logros principales de este libro, seguramente de los más interesantes, consiste en establecer una delimitación clara entre Gramática y Pragmática y, a la vez, dejar patente la interdependencia que existe entre ambas. La Gramática se ocupa de las expresiones lingüísticas, es decir, de la asociación de una representación fónica (o signada) y una representación semántica. De estas expresiones se extrae un significado lingüístico que, tras el proceso de descodificación, origina una representación semántica. Esta plantilla básica ha de ser completada con especificaciones contextuales y con datos procedentes de nuestro conocimiento del mundo, ya que el emisor quiere transmitir literalmente una serie de contenidos pero no los explicita todos con medios lingüísticos.

Ahí es donde actúa la Pragmática, que se ocupa de los procesos inferenciales que posibilitan que esas expresiones lingüísticas se asocien con las concreciones de la realidad extralingüística, teniendo en cuenta también las expectativas sociales. Precisamente de la interacción entre el dominio lingüístico y el conocimiento extralingüístico resulta la fuerza ilocutiva de los actos de habla. Un comportamiento comunicativo efectivo es el que prevé la adaptación a la situación comunicativa, al medio, a la distancia social existente entre los interlocutores y al objetivo comunicativo. Esa es la clave del éxito en el proceso.

En conclusión, el logro de M. Victoria Escandell consiste en ofrecer una visión general y completa de la comunicación, un esquema amplio pero exhaustivo que parte de las teorías clásicas, resuelve sus imprecisiones y da respuesta a todos los interrogantes que abrían esos esquemas excesivamente reduccionistas de los autores clásicos. Para ello, recurre a las aportaciones de disciplinas afines y a numerosos ejemplos, consiguiendo así un enfoque interdisciplinar y didáctico. Construye, en definitiva, un modelo comunicativo de gran interés tanto para los más expertos en la materia como para quienes se adentran por primera vez en el mundo de la Lingüística. Se trata, sin duda, de un modelo amplio pero exhaustivo que ofrece una explicación rigurosa acerca de la comunicación, un fenómeno tan complejo como natural y consustancial al ser humano.